

Adiós a Agatha Christie

En el apacible mundo de la hora del té con el vicario, la vieja solterona, el juez y el médico del pueblo aparece de pronto algo viscoso, sórdido: las pasiones, el dinero, la ambición, el odio, el crimen. Fue ésta la mezcla que hizo de Agatha Christie una escritora famosa: la descripción de una sociedad corrodida por la buena educación y las malas pasiones, que hizo un lema de una de las frases más cónicas de la Humanidad: "Manners before morals", los buenos modos antes que la moral. Una supervivencia de la horrible época victoriana, que dio al mismo tiempo gobernantes moralistas, represivos y reprobatorios y escritores pornógrafos que han sido los mejores —digamos, los de mayor brío en el género, como el autor de "My secret life"—, y personajes como Jack el Destripador. Los vestigios de esa sociedad forman el mundo de ingenuo misterio y escalofriante hipocresía de las novelas de Agatha Christie, que acaba de morir a la edad de...

¿A qué edad? Nunca ha confesado en qué año nació. Sus biógrafos lo calculan aproximadamente hacia 1890. Tendría al morir, por lo tanto, unos ochenta y cinco años. Pequeño misterio. Hay otro mayor: una crisis de amnesia que la tuvo desaparecida durante algún tiempo, y buscada por toda Scotland Yard; ya era famosa por su "Asesinato de Roger Ackroyd", el segundo libro que tuvo como personaje a Hércules Poirot, el extravagante, ridículo e infalible detective belga. La primera aparición de Poirot fue en "The mysterious affair at Styles", escrito durante la primera guerra mundial, cuando Agatha Christie —esposa del coronel Christie— era enfermera en un hospital de guerra. Muerto el coronel Christie, Agatha se casó con un arqueólogo, en cuyas excavaciones participó, pero conservó el apellido de su primer marido porque ya era famoso. Tan famoso, que de sus aproximadamente setenta y cinco novelas ha vendido en el mundo más de cien millones de ejemplares (las novelas psicológicas que escribió con el seudón-



nimo de Mary Westmack fueron un fracaso).

Agatha sintió venir la muerte. Escribió una novela de Hércules Poirot donde se decidió a matar al detective que había sucedido en fama y gloria a Sherlock Holmes: no quería que la sobreviviera.

La sobreviven, sin embargo, todas sus novelas de misterio. Y las viejas solteronas y los curiosos vicarios, y el joven y la joven que se enamoran en plena tragedia —y que sospechan mutua-

mente—, y los jardineros y los mayordomos: todo un mundo revestido de la máscara británica y agitado por unas pasiones que por lo menos desde Shakespeare se sabe que, desde luego, no son exclusivamente continentales, por mucho que ellos se empeñen en relegarlas al otro lado del canal de la Mancha. ■ H.

El "cambio" y la fuerza

Uno de los personajes más interesantes de nuestro tiempo es Poniatowski, ministro francés del Interior y según se estima consejero del Presidente Giscard con tal intensidad que a veces es el primer personaje del régimen. Los comentaristas políticos franceses atribuyen a esta dualidad Giscard-Poniatowski un carácter de juego: Giscard es la máscara que ríe y promete reformas, Poniatowski la que frunce el ceño y reprime. Generalmente se atribuye al Príncipe —como se llama a Poniatowski, o "Ponia", por abreviatura, tanto por su descendencia de aristócratas como por el carácter mesiánico de su personalidad— una especie de brutalidad ciega, una personalidad de la derecha sin límites. El libro que acaba de publicarse en España y que recoge sus reflexiones sobre el poder (1) presenta, por el contrario, un hombre inteligente y culto, de

(1) Poniatowski, "Conducir el cambio. Un ensayo sobre el poder", traducción de Santiago Alberti, DOPESA, Barcelona, 1975.

gran finura de reflexión. Pero sin abrir la menor fisura en el concepto del poder.

Un capítulo clave en el libro (escrito en forma de conversación entre Poniatowski y Alain Duhamel) es el que se refiere a la naturaleza del poder. Poniatowski abraza la teoría de la agresividad humana a partir de las sociedades primitivas, que siguen influyendo en nuestra sociedad: "El hombre contemporáneo es un animal primitivo perdido en el mundo del siglo XX, como los grandes saurios del Secundario en el clima hostil de comienzos del Terciario". Se sabe dónde conduce esta teoría que han defendido varios antropólogos, a partir, sobre todo, de Konrad Lorenz: la mala naturaleza del hombre y su agresividad requieren canalizaciones estrechas que le impidan multiplicar su mal. Estas canalizaciones están reservadas a una



Michel Poniatowski: Una derecha eterna con disfraz actual.

ANAGRAMA: PROHIBIDISIMA

La subida del techo de la permisividad no ha llegado para Editorial Anagrama. Tal vez si su responsable, Jordi Herralde, se dedicara a editar folletos con señoras destetadas, pretetadas o postetadas, la permisividad dejaría caer sobre su editorial el maná del *laissez passer* administrativo. En el plazo de dos semanas han sido secuestrados dos libros de la editorial: *Fragmento de un discurso libertario*, de Max Abel, y *Debate sobre los consejos de fábrica*, de Antonio Gramsci y Amadeo Bordiga, con prólogo de Francisco Fernández Buey. Al primer título se le entiende todo y al segundo también, sobre todo en relación con la coyuntura laboral del país y con la identificación política no ya de Gramsci y Bordiga, identificación clásica, histórica, sino del prologuista Fernández Buey. El profesor barcelonés, *Paco* para las abundantes amistades que cosechó en su época de dirigente del Sindicato Democrático, de dirigente encarcelado, de profesor de Filosofía en ejercicio y de profesor de Filosofía cesante, está en la punta de lanza del debate crítico sobre el papel del movimiento obrero. Se especula sobre la posibilidad de que el secuestro esté más en función de Fernández Buey que de Antonio Gramsci, y es que la derecha siempre prefiere reconciliarse con los muertos y sólo se reconcilia con los vivos cuando no le queda otro remedio. ■ M. V. M.

élite gobernante y a un poder fuerte. Una primaria pero muy importante distinción entre derecha e izquierda es esta: la derecha considera al hombre malo por naturaleza (incluso con el mito del pecado original) y, por lo tanto, reprime y necesita poder de castigo; la izquierda considera que no hay claras definiciones del bien y el mal, que la noción de naturaleza no tiene consistencia y que la tiene en cambio la de organización social, que constriñe al hombre a situaciones que fuerzan su psicología: una situación de agresividad hará al hombre agresivo, etc. La izquierda propone una serie de cambios en la sociedad que dejen al hombre las mejores